

BAILEY GUTIÉRREZ, Alberto K., *Tiempo y muerte en la Ilíada*, La Paz, Bolivia, Plural Editores, 2003, 142 págs.

Tiempo y muerte en la Ilíada es el más reciente libro que, gracias a los auspicios de la Unión Latina, tuvo a bien presentar en nuestro país, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Alberto K. Bailey Gutiérrez, boliviano estudioso de los clásicos, en particular de Horacio y ahora también de Homero.

En un volumen de 142 páginas, Bailey nos dice que los libros sobre Homero y su poesía no tienen por qué ser textos muy amplios, sino que también pueden ser breves pero con amplitud de ideas e interpretaciones.

Antes de comentar sucintamente el libro, parece necesario advertir que quien llegue a tenerlo entre sus manos debe tomar en cuenta que no se trata de un trabajo filológico como a los que estamos habituados, plagados casi siempre de notas y comentarios que hacen referencia a la sapiencia de los especialistas, en este caso de los homeristas, y que frecuentemente nos obligan a tener a mano un cúmulo de libros y artículos para que nos guíen por un laberinto de papel. Éste es más bien un texto de difusión, pero en el que también encontramos el ejercicio de la investigación, pues Bailey, por una parte, se dio a la tarea de consultar no un solo Homero, sino varios, como puede entenderse por el pequeño apéndice de la página 141, "Versiones utilizadas". Además, teniendo a la vista esas versiones, seleccionó los textos griegos para que Mario Frías,

PALABRAS CLAVE: homero, ilíada, muerte, tiempo.

RECEPCIÓN: 19 de agosto de 2003.

ACEPTACIÓN: 15 de septiembre de 2003.

otro boliviano, helenista, traductor de Homero, Sófocles y otros, hiciera la versión de ellos al español especialmente para este volumen. Frías es, por cierto, el autor del prólogo “A solas con Homero, sus dioses y sus héroes” (pp. 7-8). Por otra parte, y es quizá éste el mérito de su método de investigación, Bailey decidió:

tomar contacto directo con la obra, solo, sin recurrir a terceras opiniones ni interpretaciones que... perturbaran su diálogo privado, íntimo, con Homero, sus dioses y sus héroes (p. 7).

Y como dice Frías:

El autor ... mediante repetidas lecturas que le dan ... la visión de conjunto, ... no necesita recurrir a citas de otros estudiosos, pues a lo que apunta es, según parece, a descubrir él los valores de esta epopeya, no simplemente referir lo que otros descubrieron (p. 8).

Sin embargo, a lo largo del libro, no falta la referencia a pensadores como Heráclito, Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Heidegger, Sartre, Kant, Hegel, Nietzsche, Borges y muchos más, pero son sólo pilares en los que Bailey se apoyará, sin pretender altos vuelos de erudición, aunque sin dejarla de lado, para reflexionar sobre el tiempo y la temporalidad, y lo que acerca de ésta y de aquél se ha escrito. Este trabajo nace entonces de las conclusiones que su autor formula a partir de su propia lectura de Homero y de lo que Homero mismo ha querido revelar a Alberto Bailey.

En el primer capítulo, “Homero, el poeta y su legado / La *Ilíada*, centro de la cultura helénica” (pp. 15-27), que es propiamente la introducción, el lector encontrará, siempre sin ánimo de agotar los temas, como el mismo autor advierte en repetidas ocasiones a lo largo de su texto, una bien lograda síntesis de lo que los homeristas han llamado *la cuestión homérica*. Este asunto, sumamente debatido, es tratado por Alberto Bailey con sencillez y claridad, y nos lleva a considerar los argumentos a favor y en contra: desde la opinión autorizada de Aristóteles, en su *Poética*, quien señala los valores literarios de la *Ilíada*, hasta la de filólogos modernos, como Gilbert Murray, quien pone en duda la idea de que:

un hombre solo, extraordinariamente dotado, antes de que surgiera la literatura griega, hubiera compuesto para un público que no sabía leer,

un extenso poema, una obra grandiosa y logrado que se conservara intacta por siglos. Sería un milagro (p. 21).

Y argumenta Bailey, que

milagro sería que esta obra, portento de la literatura, sea resultado de la conjunción de coplas sueltas y dispersas, producidas con semejante unidad por recitadores populares y callejeros de diversas partes, desvinculados en el tiempo y que usaban la misma métrica...

Y sigue:

La concepción estética, las metáforas, los hermosísimos y numerosos símiles, la belleza poética, el estilo literario, nos obligan a pensar en un gran autor, no en centenares de autores (p. 21).

También encontramos en esta introducción un juicio del valor literario acerca de la *Iliada*, no únicamente de su forma externa o de composición, sino incluso de la psicología de sus personajes, tanto dioses como hombres. Así por ejemplo:

Agamenón es siempre autoritario e irritable, Néstor encarna la seriedad y en toda circunstancia su consejo es sabio. Aquiles es vanidoso, inflexible siempre, valiente, rencoroso y líder indiscutible... Briseida es siempre la de preciosa cintura (p. 20).

O también líneas sobre los retratos homéricos del sentir humano y:

la cambiante realidad diaria, las decisiones de los hombres y los contundentes designios de los dioses, la acción humana y el destino, la fantasía de una imaginación fecunda y el realismo, lo general y lo particular, lo heroico y lo mezquino, el cielo y el infierno, lo sublime y lo despreciable, lo personal y lo colectivo... (pp. 24-25).

Esta pequeña introducción bien puede servir de guía para aquel que se acerque por primera vez a Homero y su mundo. Podrá aquí obtener una buena idea de qué es todo aquello que se encuentra a lo largo de la *Iliada*.

El capítulo dos, “El problema de la temporalidad y la muerte en el pensamiento universal” (pp. 31-52), es ciertamente denso por las

dificultades filosóficas que aborda, lo cual exige que sea leído con un poco más de atención. Está dividido en dos partes, una dedicada a reflexionar en torno al “Tiempo y temporalidad” (pp. 34-37) y otra a lo que ha sido “El tiempo en el pensamiento universal” (pp. 37-52). En la primera, el autor apunta:

Muchas y muy variadas son las concepciones que se han elaborado en torno al tiempo y la temporalidad y son muy diversos los enfoques que se han usado y se usan para analizarlos. Imposible, por ello, buscar un concepto que pueda ser aceptado en forma general (p. 34).

Por ello, unos consideran el tiempo como un dato y una forma de la conciencia humana y, otros, no como un objeto de nuestro saber, sino como una dimensión de nuestro ser; en tanto que la *temporalidad* puede concebirse como la toma de conciencia o la reflexión sobre el tiempo y todo lo relativo a éste (cfr. p. 35).

El capítulo tres, “La concepción del tiempo y la muerte en la *Ilíada*” (pp. 55-116), constituye la parte central del libro de Alberto Bailey. Está dividido, a su vez, en diez subcapítulos que contienen todas aquellas citas oportunas, por una parte, para presentarnos a los dioses de Homero, como los gobernantes del tiempo, y a Zeus, hijo de Cronos, como el tiempo mismo: cambiante, indefinido, sorpresivo, a veces iracundo y otras cálido y afable; por otra, a los semidioses y a los hombres como aquellos que deben sufrir el tiempo a través de:

el destino, la fatalidad, el hado, la suerte, que actúan a veces en consonancia con los seres divinos o también acatando sus designios (p. 84).

Pero ¿quiénes son estos dioses que juegan así con el destino de los hombres? Bailey lo explica con su acostumbrada sencillez para lectores que, repetimos, se acercan por primera vez a Homero. Un breve paréntesis: en este lugar, la edición no parece del todo bien planeada, ya que no resulta nada fácil el cotejo de los textos griegos que se citan, pues las traducciones se hallan en el apartado 5, y sin referencia. Volviendo al tema, la relación entre dioses y hombres cobra en la *Ilíada* una dimensión inusitada. En ella, los dioses son presentados en una concepción totalmente antropomórfica, comportándose como seres humanos, con sus pasiones y debilidades.

Nos dice al respecto Bailey:

la naturaleza de los dioses, su origen y sus atributos, encarnan y expresan —mitificados— lo mejor y lo peor de la naturaleza humana y se mueven en el mismo terreno psicológico y axiológico que los humanos... En una breve enumeración hay que decir que los dioses son limitados en su poder, vulnerables, volubles y cambiantes, con pasiones llevadas al extremo: celos, rencores, amores y odios. Son casi siempre irritables y se mueven, cada uno dentro de sus atributos, entre la equidad y la injusticia, la benevolencia y la venganza, la justicia y la arbitrariedad... (pp. 72-73)

Y sigue:

Todo el acontecer está regido por los dioses. Su intervención explica todo, los fenómenos naturales, las inclinaciones de los humanos, su suerte en cada batalla, su fortaleza extraordinaria o su temporal pérdida de vigor. Las flechas, dardos y lanzas aciertan o yerran en su destino, con ayuda de los dioses, a veces abierta y otras apenas insinuada (p. 75).

Efectivamente, los dioses se relacionan con los hombres manifestando su proximidad o distancia, su favor o su crueldad, su arbitrariedad o su justicia.

Entre los numerosos ejemplos que nos ofrece la *Ilíada*, podemos citar en la rapsodia VII la intervención de Atenea y Apolo, que acuerdan parar la lucha general. Héctor lucha con Áyax, pero el combate es interrumpido al final por dos heraldos de Zeus.

También encontraremos en este capítulo las interpretaciones de Bailey sobre la moral, el bien y el mal, el determinismo y la libertad, la *areté* homérica e incluso, al final del apartado, un paralelismo sobre la fatalidad en Homero y Horacio.

Respecto a fatalidad, hado y suerte, Bailey dice que a pesar de no ser conceptos claros ni definidos, sin embargo:

juegan un papel de gran importancia en la concepción homérica de la vida y del tiempo... La *moira* es un elemento sin clara definición en cuanto a su origen, nadie sabe quién lo gobierna y lo impone, bajo qué criterio y con qué fuerza para ser ineludible. Un misterio cubre a *moira*, pero existe, está presente, todos la toman en cuenta... Es una entidad en muchos momentos superior a los dioses... *Moirá* genera y

desata un encadenamiento necesario e inevitable de sucesos que finalmente desembocan en el resultado que ella había previsto y decretado (pp. 84-85).

Ese destino al que hace alusión el héroe tiene casi siempre una connotación de fatalidad, destino negativo e inevitable que lleva a la muerte, identificada con las Parcas.

Entramos ahora al tema de la muerte y su relación con el tiempo en la *Ilíada*. Nos dice Bailey:

Con la muerte no termina el tiempo para los seres humanos de Homero. Y esto en dos sentidos: por una parte el honor y la gloria, la excelencia de la *areté*, no se desvanecen con la muerte, *thánatos*, y sobreviven al héroe por generaciones... La muerte sobreviene como una desgracia negra y fatal provocada o permitida por los dioses que son inmortales... En algunas partes son los dioses los que producen el momento “funesto” de la muerte, otras veces se la atribuye al hado y no pocas al destino o a las parcas que al fin y al cabo son las administradoras de la vida y la muerte. Para los personajes de la *Ilíada* la muerte “terrible e inevitable, la parca cruel, la suerte fatal” y otras expresiones, es la peor de todas las desgracias posibles (p. 105).

Los muertos van al Hades, sitio indefinido pero temible para todos. A este lugar, situado en el inframundo, no llegan los seres mismos, sino sus almas, pero sólo cuando su cuerpo ha sido quemado y sepultados sus huesos. Caso contrario —afirma Bailey— su alma vaga perdida y en terrible tormento (p. 109).

De allí no salen jamás las almas —imagen de los muertos—, por lo que el Hades es eterno en relación al futuro.

Comenta Bailey:

Ante este panorama la muerte odiosa y negra que llega irremisiblemente y la estancia eterna en el tenebroso Hades, la perspectiva para el ser humano homérico es aborrecible, temible, lúgubre. El tiempo presente tiene que ser vivido con intensidad y con la búsqueda afanosa de alcanzar los valores que esa cultura ensalzaba, la excelencia, el honor - *areté* para vivir con esa aureola de heroísmo, de valentía y de gloria en la memoria, en la admiración de generaciones venideras (p. 111).

Y sigue:

Nos encontramos, pues, con la que podríamos llamar la solución del ser humano griego al problema del tiempo que fluye inevitablemente y que nos lleva a la muerte, frustrando nuestra ansia de permanencia y de supervivencia (ibid.).

Y señala, a modo de conclusión:

La *areté* del héroe y de todos los que buscan en la batalla alcanzar esa categoría, es el incentivo para dar sentido al tiempo presente y afrontar el destino de la muerte y el Hades... En ese sentido, la *areté* y las virtudes que la rodean y completan no sólo lleva al ser humano de la *Ilíada*, griego o troyano, a enfrentar la muerte. Lo acerca a los dioses y hace que, en cierto modo, alcance proyección superior porque —en último análisis— con la excelencia de la *areté* el ser humano se parece a los dioses o busca parecerse a los dioses, aunque sea pálidamente (p. 112).

El cuarto es el último capítulo propiamente dicho, “El espíritu clásico, un humanismo” (pp. 119-128), y viene a ser una reflexión de Bailey sobre la influencia que la poesía homérica, los tópicos homéricos y la literatura clásica en general han tenido en la historia de la humanidad; ante todo, es una reflexión de por qué los clásicos siguen siempre vigentes.

Sea, pues, bienvenido este tomito de Alberto Bailey que, tanto estudiantes y profesores, como el público en general, recibirán y leerán con agrado.

Lourdes ROJAS ÁLVAREZ
José David BECERRA